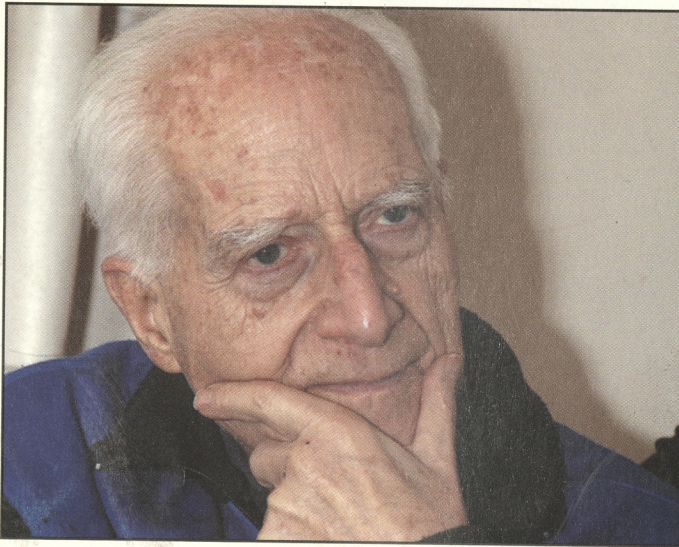


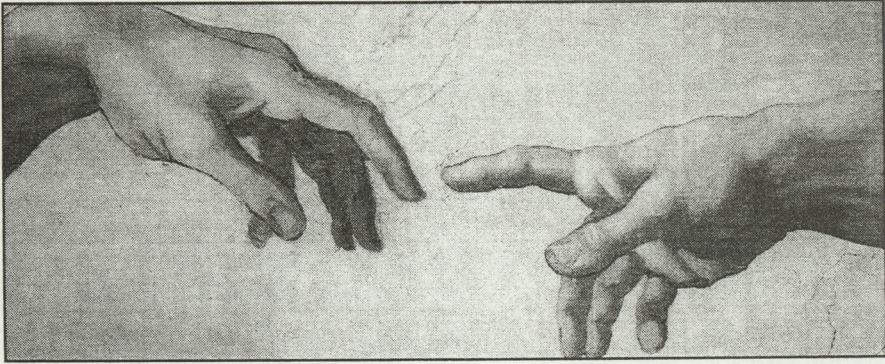
Escritos del P. José Aldunate, SJ



Una Moral de la Liberación

El Movimiento Calama, Una experiencia
que hizo Historia en Chile

* * *



San Agustín

*"En lo esencial que haya Unidad.
En lo opinable que haya Libertad.
En todo que haya Caridad..."*

Presentación

Con alegría presentamos como «*Buenas Noticias*» dos escritos (trabajos, estudios) del P. José Aldunate Lyon SJ. Doctor en Teología Moral, 28 años profesor de la Universidad Católica de Chile, co fundador del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo, militante activo por los Derechos Humanos, por años prolífero escritor en diversos medios de comunicación y animador de Comunidades Cristianas de Base.

El primer escrito que presentamos; «*Una Moral de la Liberación*» es un trabajo del año 1989 que en ese tiempo no tuvo una difusión adecuada a pesar de su invaluable transcendencia para América Latina: es una moral que orienta con la luz del Evangelio a nuestros pueblos a partir de la realidad del aquí y ahora para una praxis liberadora en la vida concreta de los cristianos.

El mensaje del Amor del Maestro Jesús de Nazareth cambió el fundamento de la moral del pueblo de Israel. Él desafió a los maestros de la ley a interpretar la ley de Moisés y de los Profetas con la luz del Amor de Dios a los hombres.

En su grandeza Dios ha dado a las mujeres y hombres creados a su imagen la libertad como don inalienable.

Los discípulos de Jesús en los primeros siglos se han esforzado para conjugar la ley judía heredada con la nueva interpretación de la ley de Jesús y de las nuevas condiciones que encontraban en las culturas griegas y romanas. Así nació una teología moral cristiana que fue asumida por todo el mundo cristiano.

Sin embargo, mientras en los primeros siglos la moral respondía dinámicamente a las transformaciones culturales de los pueblos, en la Edad Media con Tomás de Aquino se tendió a formular leyes eternas, estáticas que marcaron los siglos posteriores. Esta forma de definir la moral cristiana hace crisis a mediados del siglo XX y nace en Europa una Teología de Moral Renovada. «Toda moral renovada es una moral histórica, situada en el aquí y ahora. El obrar moral debe ser una respuesta a la exigencias de la realidad en la que Dios va inscribiendo su proyecto», nos dice el P. José Aldunate.

El nos cuenta que «los viejos profesores de Teología Moral hemos vivido todas las etapas de la renovación de esta ciencia, proceso que aún está en marcha». Pero él mismo pertenece a una generación de teólogos que despertaron a las Iglesias de América Latina a levantarse del largo sueño colonial, a enfrentarse a los siglos de opresión que han sufrido todos los pueblos de América Latina bajo el signo de la cruz y la espada y a mirar los signos de los tiempos.

Junto con los Hermanos Teólogos que se definieron «de liberación» él escuchó «el grito de los pobres y oprimidos del Continente», como dijeron después proféticamente los Obispos reunidos en Puebla.

El reto histórico era «*ver, juzgar, actuar*», que se decantó en la moral de una Teología moral liberadora latinoamericana, eso es lo que aquí, de la pluma del P. Pepe Aldunate, presentamos con alegría.

El segundo escrito nos revela una experiencia de Praxis liberadora que marca la historia de la Iglesia Católica de Chile: «*El Movimiento Calama*», una especie de provocación en un Chile que cultiva el clasismo como pocos países en el mundo de hoy: sacerdotes provenientes de la alta burguesía chilena se encarnan en el mundo obrero de las minas de Calama para vivir el misterio de la encarnación del Hijo de Dios entre los pobres y así alcanzar los corazones de los obreros, aprender su idioma y su cultura, compartir sus sufrimientos y alegrías.

El Movimiento Calama no ha sido un experimento, sino una opción de vida para siempre, hasta dar la vida como Jesús. De ahí su fecundidad para quedar fiel a los pobres, oprimidos y perseguidos durante la dictadura militar, encontrando formas de resistencia no-violenta, asumiendo la voz profética por los Derechos Humanos e inspirando con su ejemplo a cientos de sacerdotes, religiosas, religiosos, obispos, laicas y laicos a mantenerse fieles como discípulos en las huellas del Maestro Jesús en una praxis liberadora.

Compartimos el desafío que nos deja nuestro hermano y compañero José Aldunate; «El mundo cambia radicalmente, la Iglesia debería cambiar. *El Concilio Vaticano II* quiso hacerlo. Con *Caminada* y el Equipo Misión Obrera (EMO) agotamos una etapa. Otros deberán acometer la tarea de construir una humanidad fraternal en este nuevo milenio...». Este desafío quedará como una tarea para las nuevas generaciones...

¡Gracias Padre Pepe, por tu valiente testimonio de vida en una opción radical por la liberación de los pobres, compartiendo sus sufrimientos, marginación e incompreensión como discípulo fiel de tu *Maestro Jesús!*

Tu Hermana Karoline Mayer H.

Santiago de Chile, Septiembre de 2011:

* * *

Una Moral de la Liberación

José Aldunate, SJ



En vísperas del Cincuentenario del Concilio Vaticano II, publicamos este artículo sobre la Moral de la Liberación que deriva del propio Concilio y la aplica a la situación de América Latina. Por esto reproducimos esta exposición valiosa que no tuvo en su tiempo -1989- la difusión que merecía.

Pareciera natural que, si existe Teología de la Liberación, ha de haber una Moral de la Liberación. El pensamiento clásico hace que la Moral derive de una Teología. Santo Tomás, en su *Summa Theologica*, comienza hablando de la «Sacra Doctrina» cuyo objeto fundamental es Dios. Es una teología, un hablar sobre Dios. Luego, en la segunda parte de la *Summa* habla del hombre en cuanto está destinado a ser imagen de Dios en su propio actuar. O sea habla de la moral teológica.

Pero la Teología de la Liberación tiene esto de particular, que es una reflexión que parte de una praxis histórica. Hugo Assman la define como «teoría de una praxis liberadora». Desde la praxis liberadora, el cristiano, comprometido con la liberación de su pueblo, comprende que hay un Dios liberador. Hace entonces su teología. Esta teología, derivada de una praxis, a sus vez alimentará una nueva praxis en unan dialéctica de interacción mutua.

Dentro de este esquema dialéctico, que ofrece la teología de la Liberación, ¿cómo juega una moral de la Liberación? La Moral media entre la Teología más especulativa (Dios, Cristo, la Iglesia, etc.) y la praxis liberadora. Recordemos que en toda Moral distinguimos una moral vivida y una Moral reflexionada o formulada. La Moral de la Liberación parte de la vivencia de la realidad opresión-liberación, y elabora una teoría que legitime y apoye la acción liberadora. Por esto es una «**Moral de la Liberación**».

La originalidad pues de la Moral de la Liberación sobre otras morales clásicas para los cristianos, como la Moral escolástica de Santo Tomás o la Doctrina Social de la Iglesia, está en la primacía de la praxis. Podríamos decir, supuestas todas las explicaciones del caso,

que aquellas morales se mueven más en el terreno de las ideas; la nuestra, en el de la realidad histórica.

Podríamos decir también que la Moral de la liberación quiere responder al reto lanzado por Karl Marx en su undécima Tesis sobre Feuerbach, que dice así: «Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es transformarlo».

El propósito de este artículo es dar alguna razón de la originalidad y de las características de una Moral de la Liberación. Pero antes, será conveniente prevenir a nuestros lectores frente a ciertos malentendidos que fácilmente se levantan en estas temáticas. Y por lo mismo fijar los límites y las limitaciones de este trabajo.

Por esto queremos asumir el mismo «presupuesto» con que Ignacio de Loyola encabezó sus «*Ejercicios Espirituales*», a saber: «Es de presuponer que el hombre ha de estar más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla». Y añadía todavía San Ignacio: «Y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende. Y la entiende mal, corríjale con amor». Creemos que, a pesar de estas limitaciones, un cuadro general de ámbito teórico de una Moral de la Liberación podrá ser de interés para un buen número de personas.

I.- Originalidad de una Moral de la Liberación

Es ante todo una Moral renovada. Los viejos profesores de Teología Moral, hemos vivido todas las etapas de la renovación de esta ciencia, proceso que aún está en marcha. Porque aún hay Centros teológicos que no han superado antiguos esquemas. No podemos en este breve artículo entrar en esta apasionante historia. Bástenos decir que, por una parte, la presión de la modernidad con su mentalidad histórico-dialéctica, evolutiva, secular y por otra, la renovación interior de la Iglesia alrededor del **Vaticano II**, su nueva comprensión de la Biblia y de su propia tarea en el mundo, todo esto determinó una renovación en la Teología Moral. Esta rompió los moldes griegos, ideológicos que la aprisionaban, se abrió a la realidad aceptando el aporte de las ciencias antropológicas y sociales y se aprestó a la tarea de transformar al hombre y a la sociedad.

La Moral de la Liberación se encuentra en el surco que abrió esta Moral renovada, fundamentalmente europea. Pero va más allá. Y a esto nos abocaremos más particularmente: explicar la originalidad de la Moral latinoamericana de la Liberación.

Pero antes, detengámonos aún en la problemática suscitada por la renovación de la Teología Moral. Esta renovación no ha sido pacífica; sobre todo no lo es en este momento. La reacción a que ha dado origen no ha golpeado solamente a Leonardo Boff y otros de la Teología de la Liberación. Ha tocado a los grandes corifeos de la renovación moral.

II.- La renovación moral combativa

La moral ha sido siempre, por vocación propia, una «ciencia inquieta» y lo es particularmente hoy. Tiene que hacerse a un mundo en

intensa mutación. Esto por una parte, y por otra, tiene que superar hábitos de inmovilidad. «Que nos cambien la moral, reclaman algunos, esto ya es el colmo». Evidentemente hay mucha incompreensión de lo que es la moral en esta queja.

A mi juicio, la renovación moral es algo adquirido e irreversible. Paulo VI la fundamentó con su encíclica «*Octogésima Adveniens*» y se ha impuesto en prácticamente todos los grandes centros intelectuales del pensamiento católico, incluso en Roma. Allí se enseña en la Gregoriana, en el Alfonsiano y en el Angélico. ¿Cómo comprender entonces las admoniciones hechas por la Congregación de la Fe contra el iniciador y maestro indiscutido de la renovación de la moral, Bernhard Haring, redentorista? Fuera de otras muchas advertencias, suspensiones y condenaciones.

Diré al respecto mi parecer. En primer lugar, no nos extrañemos de que el centro romano sea más cauto y lento para admitir innovaciones. En la periferia, en cambio, sentimos más las urgencias.

Es cierto, por otra parte, que los reparos formulados desde el Vaticano no son meramente puntuales. Tocan ciertos fundamentos de la renovación moral.

Todo esto quede dicho para que sintamos los latinoamericanos que en materia moral cierta problemática corriente (divorcio, aborto, fecundación, artificial, control de la natalidad, matrimonio, eutanasia etc, etc.) no es exclusiva ni tal vez principalmente nuestra, sino compartida por todo el mundo. Y conste que en estas materias, la moral renovada no es la más facilitadora; muchas veces es la que más ciñe la realidad.

Por lo tanto, cuando nos preguntan: «¿Qué dice la Moral de la Liberación sobre las píldoras?», contestamos: «Dice por de pronto lo que dice toda moral renovada».

Es sin embargo posible que desde Latinoamérica tengamos algo más que añadir. Esto es lo que nos interesa investigar ahora.

III.- Una moral situada en la realidad latinoamericana

Toda moral renovada es una moral histórica, situada en el aquí y ahora. El obrar moral debe ser una respuesta a las exigencias de la realidad en la que Dios va inscribiendo su proyecto. Nuestra Moral de la Liberación ha de responder a la realidad Latinoamericana.

Se trata por tanto de una moral particularizada. Hay otras liberaciones fuera de la nuestra: la mujer, la del pariah de la india, la del negro postergado racialmente. Frente a cada una de ellas, otros deberán situarse, y en cierta manera todos, pero en distinta forma. Por esto, la Moral de la liberación se extiende analógicamente a toda la liberación histórica. Pero aquí hablaremos de nuestra liberación latinoamericana.

Se trata de una Moral que asume la dimensión política como parte integrante de toda opción. En otras palabras, niega que podamos vivir nuestra moral privada en nuestro mundito de relaciones personales sin asumir la situación socio-política de los pobres oprimidos del Continente.

Es una Moral por tanto, no solamente situada en un Continente

pobre, sino abocada a esta situación de pobreza. ¿Cómo hemos llegado a este cuestionamiento?

Hagamos un poco de historia: Terminada en 1945 la última guerra mundial, los pueblos coloniales del mundo reivindicaron su derecho a la independencia y las clases postergadas de Latinoamérica, que habían compartido un esfuerzo sacrificado para ganar la guerra, demandaban mejores condiciones de vida. Se calcula que la mitad de los habitantes de este sub-continente eran pobres hasta no tener lo suficiente para alimentarse.

La década del 50, la consigna era el desarrollo. El plan Marshall hacía maravillas en Europa y levantaba a la propia Alemania de sus ruinas. Por este camino del desarrollo debía también avanzar América Latina que se había quedado atrás.

Pero fracasó el «*desarrollismo*» y los propios teóricos hablaron de dependencia, una dependencia estructural como causa del subdesarrollo. La pobreza era una pobreza causada, fruto en realidad de la injusticia y explotación. La revolución cubana tuvo lugar en 1959 y la década del 60 fue la de las revoluciones al menos intentadas y de los movimientos de liberación.

Cristianos de avanzada y sacerdotes entraron también en esta dinámica. La Doctrina Social de la Iglesia acusada entonces de ideológica e ineficiente, se vio combatida. Las organizaciones católicas populares (Acción Católica, JOC, Sindicatos Católicos, etc.) atezadas entre sus lealtades doctrinarias y sus lealtades al Pueblo, entraron en crisis. Urgía por otra parte cambiar radicalmente estructuras de opresión y acompañar a este efecto al pueblo movilizado. Los cristianos desde su fe, asumieron compromisos políticos; algunos llegaron a tomar las armas.

Entre los cristianos y sacerdotes comprometidos con la causa de la liberación surgió una nueva manera de ver, de pensar y teologizar. Fué uno de ellos, Gustavo Gutiérrez del Perú, el que supo expresar esta novedad en términos teológicos y situar esta teología dentro de los marcos del mejor pensamiento teológico de la Europa contemporánea. En 1967 vió la luz pública su «**Teología de la Liberación**». Un año más tarde, la Conferencia General de Obispos latinoamericanos de Medellín confirmaba puntos fundamentales de esta teología.

Así surgió la Teología de la Liberación como fruto del encuentro, en un Continente pobre y cristiano a la vez, de cristianos conscientes y comprometidos por una parte, y de pobres por otra, que han decidido asumir su liberación.

IV.- Una moral desde el compromiso con el pobre

Así se originó efectivamente la Teología y la Moral de la Liberación en nuestro Continente. Y así también se plasma esta misma Moral y Teología en cada espíritu que reflexiona su compromiso a la luz de su fe cristiana.

Aquí estamos tocando lo específico de la Moral de la Liberación, lo que no se da –al menos en la misma forma o con la misma radicalidad–

en la moral europea renovada. Lo específico, como lo decíamos al comienzo, es que la Moral nace de una praxis y esta praxis es la opción efectiva por la liberación del pobre. La llave que abre este espacio teológico no es la pura especulación. Es, en primer término, la acción. Sólo el que se juega en la acción tendrá acceso al conocimiento que caracteriza esta Moral de la Liberación.

Recordemos los cristianos en qué consiste el concepto bíblico de «conocimiento». Para San Juan, el que «*hace*», «*conoce*». «El que hace la verdad, llega a la luz» (*Juan 3:21*). La verdad bíblica es algo que se «*hace*». Sólo el que ama «efectivamente al prójimo», conoce a Dios (véase *1 Juan 4:7*).

Liberación para nosotros no es un mero concepto. Es una realidad que hay que poner en el mundo. Hay ciertos ensayos teológicos y entre ellos la instrucción del Cardenal Ratzinger sobre la «*Libertad Cristiana y la Liberación*», que tratan seriamente sobre el concepto de «Liberación» en la Biblia y en la Tradición católica. Son documentos valiosos que nos llegan de los centros del pensar teológico de las Europas y de América del Norte. Pero no expresan nuestra Teología de la Liberación. Mientras no se abra la puerta de la acción y se someta la reflexión a la primacía de la praxis, no entramos al terreno de nuestra Moral de la Liberación.

Los analistas hablan de una «ruptura epistemológica» determinada por la acción. Es decir, el compromiso efectivo en una causa, determina una nueva manera de comprenderla. Creo que todos hemos experimentado la verdad de este aserto y tal vez mucho más corrientemente de lo que nos imaginamos. Pasamos así de un conocimiento conceptual a un conocimiento real, práctico. La verificación de éste se da, no en el terreno de la lógica, ni de los sentimientos, ni de las actitudes sino en el de la acción. «No el que dice, sino el que hace, entrará en el Reino de los Cielos» (*Mateo 7:21*).

La filosofía de la Acción y la Filosofía dialéctica nos acercan más a esta visión que la escolástica, sin que ésta no tenga sus explicaciones: Véase su tratado sobre la *Prudencia*. La Biblia está transida de esta manera de ver. Por esto, la Teología de la Liberación se alimenta tanto de la Biblia. Y se abre a la espiritualidad que nunca debería haberse separado de la Teología Moral. Le corresponde la espiritualidad de la Acción.

V.- La Opción fundamental por los pobres

El concepto de «*opción fundamental*» ha entrado con fuerza en los análisis de la Moral renovada, asumida tal vez desde la Psicología analítica. Es ésta opción vital la que toma el o la joven en el despertar de su conciencia responsable, y que encauza las opciones más particulares de su vida personal.

La Moral Latinoamericana siempre ha tenido cuidado -como lo veremos- de integrar la conciencia individual a la conciencia colectiva, sin confundirlas pero también sin separarlas. También habría que admitir

que, además de la opción fundamental de cada persona, existe, lo que podríamos llamar, la opción fundamental de la colectividad. Hay colectividades que podrían considerarse fundamentalmente «en pecado» y necesitamos de una conversión radical.

La teología latinoamericana piensa que la Opción Fundamental por los Pobres es central para esta conversión radical de individuos y colectividades.

La Iglesia latinoamericana reunida en Puebla (1979) constató la «brecha creciente entre ricos y pobres», contempló los rostros de Cristo sufriente en tantos crucificados, y esta situación la consideró como el pecado mayor y el mayor escándalo. Nació de una voluntad perversa -individual y colectiva- que ha cristalizado en «estructuras» opresivas, económicas, políticas, sociales, culturales; «**estructuras de pecado**».

Frente a esta «situación de pecado» que afecta a individuos y colectividades, presenta como respuesta la opción preferencial por los pobres. La Teología de la Liberación vé esta opción como la condición fundamental de toda auténtica conversión a Dios. Para que individuos y colectividades se conviertan a Dios, el primer paso ha de ser la opción preferencial por los pobres inspirando la acción.

Alguno objetará que considerar la opción preferencial por los pobres, «opción fundamental» es reducir la amplitud del deber moral a una categoría limitada: los pobres. La «**opción fundamental**» es amar, y el amor abarca todo el campo de la moral.

A esto respondemos que la concreción es una nota característica de la Moral de la liberación. El amor debe tomar cuerpo; si no lo hace, no existe. Mientras haya pobres cuyo derecho a vivir se encuentra conculcado, las exigencias del amor se encarnan preferentemente en ellos; y es el caso de Latinoamérica.

VI.- Una Moral de Discernimiento

Una moral que se sitúa frente a la realidad desafiante de la pobreza histórica y se demanda qué hacer frente a ella, debe necesariamente discernir los caminos de solución. Debe discernir estrategias y tácticas. Este estilo se opone al de una moral deductiva que parte de principios y leyes y no debe sino aplicarlas a la realidad. Hemos explicado esta diferencia.

Este discernimiento se hace desde la opción fundamental por la liberación del pobre-oprimido. La opción fundamental señala la meta y consiguientemente orienta el discernimiento de los medios.

Alternativas, como las que nos planteamos en Latinoamérica, sobre medios violentos o no violentos para conseguir la liberación, deben ser discernidas precisamente en función de esta liberación. Así interpreta la Moral de la Liberación la regla establecida por San Pablo en su carta a los *Corintios*: «Todo me es lícito, pero no todo conduce» (*1 Cor. 10:23*). Nuestra regla de conducta no es, en último término, lo lícito: la ley; sino la conducente a una verdadera y definitiva liberación. (Por tanto, notémoslo bien, no se trata de cualquiera liberación).

Para discernir estos factores, la Moral cuenta con dos mediaciones: la ayuda analítica de las ciencias sociales y antropológicas; y la ayuda hermenéutica de la Teología bíblica e histórica.

No basta descubrir la pobreza; es necesario analizar sus causas para poder poner remedio. La Moral se ayuda de la Sociología y usa toda forma de análisis, sea marxista o no marxista, que lleve a descubrir las verdaderas causas. Establecer problemas en este terreno es demostrar añejos prejuicios antimarxistas. Así la Moral ha percibido la causalidad de las estructuras capitalistas en la generación de la pobreza.

La Biblia y la Tradición nos permiten descubrir las dimensiones religiosas y trascendentes de nuestra realidad: una pobreza que es pecado, una liberación que es compromiso y gracia. Proyecta su esperanza fundamental: el **Reino de Dios**, sobre nuestro futuro, permitiéndonos al mismo tiempo sentir por dónde adviene este Reino en nuestra historia.

Esta sensibilidad espiritual que supera la racionalidad, se desarrolla mejor en contacto con los pobres y crucificados de la tierra. Es admirable el sentido de discernimiento que tienen. Es lo que privilegia tal vez nuestra moral en relación con otras morales renovadas que son todas morales de discernimiento. El lugar del pobre es el «lugar teológico» privilegiado para discernir en Latinoamérica la tarea fundamental del cristiano y de la Iglesia.

VII.- Una moral utópica

Paulo VI en «*Octogésima Adveniens*» (1971), anunció como señal de los tiempos el ocaso de las ideologías y el surgir de las utopías (en el sentido positivo: metas trascendentes que orientan y dinamizan nuestra acción).

Nos alimentamos en Latinoamérica con la gran utopía de terminar con la pobreza-opresión, de crear condiciones de igualdad, de levantar estructuras de solidaridad y participación, de lograr finalmente una sociedad de hermanos. Esta utopía la queremos compartir con los que no comulgan con nuestra fe, pero para el cristiano, esta utopía se subsume en aquella otra prometida: el **Reino de Dios**, ¡Qué lejos estamos de esa actitud religiosa que no tiene esperanzas para este mundo y que sólo busca esperar la salvación individual!

Nosotros también creemos que el individuo ha de salvarse, pero lo hace comunitariamente y en la historia. Se salvará en la medida en que ha solidarizado con la humanidad en sus miembros más postergados, y se ha empeñado por transformar el mundo.

Esta última observación nos abre a una última característica – última pero no la menor- que nos ocupará más tiempo: la primacía de lo social sobre lo individual en la Moral de la Liberación.

VIII.- Una moral eminentemente social

Seremos breves en un tema que podría ocupar capítulos enteros. Esta brevedad en un artículo de divulgación, paga un precio: no poder

exponer todos los matices y toda la fundamentación que hay detrás de afirmaciones, tal vez, muy escuetas. Ya lo hemos dicho.

Hemos hablado de la crisis de la Doctrina Social de la Iglesia en su versión tradicional. Hemos, vivido su pleno esplendor en la década del 40 y del 50. Desde *Rerum Novarum* (1891) hasta *Mater e Magistra* (1963) iluminó el horizonte del compromiso social cristiano. Pero ya en el **Vaticano II** (1962-65) no se quiso usar más el término «Doctrina Social». Y desde *Octogésima Adveniens* (1971) ya citado, esta enseñanza social deberá rehacerse sobre nuevas bases. Las bases precisamente de una Moral renovada.

Juan Pablo II se ha preocupado de llenar este vacío. Por de pronto ha resucitado la palabra «Doctrina Social». Pero rehacer su contenido no ha sido tan fácil. Descubrimos con todo en los últimos documentos vaticanos, signos de una renovación y -lo que es más notable- esta renovación va adoptando ciertos principios básicos de la Moral de la Teología de la Liberación.

Constatemos al menos que ciertos conceptos básicos de la Moral de la Liberación han encontrado su lugar en documentos como la Instrucción sobre **Libertad y Liberación** y «*Sollicitudo rei socialis*» (1987), por ejemplo, opción por lo pobres, discernimiento, praxis, estructuras de pecado (habla de «mecanismos perversos»). Es sugerente el capítulo V del primer documento, cuyo encabezamiento reza así «La Doctrina Social de la Iglesia: por una praxis cristiana de la liberación»

De todas maneras, a nuestro juicio, quedan pasos decisivos que dar. Y el primero es admitir el concepto mismo de una moral social en el pleno sentido de lo social.

La «Moral Social» de la Doctrina Social de la Iglesia ha sido y sigue siendo una moral individual, preocupada sí por la dimensión social. Su sujeto sigue siendo el individuo. Este, por más que se abra al «tu» y al «nosotros» no llega a romper su cascarón.

La Moral de la liberación es en cambio una Moral Social en el pleno sentido de la palabra. Su sujeto no es el mero individuo, sino la comunidad humana, individuo y sociedad a la vez. Y así hablamos de conciencia social, responsabilidad social, pecado social. Hablamos por ejemplo del pecado institucionalizado en las estructuras de la sociedad, del que es responsable tanto la sociedad en su conjunto como los individuos que la componen.

Existe un temor de que la noción de pecado social puede evacuar la responsabilidad individual. Y no es así, si se concibe bien lo que es el pecado social. Más bien esta noción extiende la responsabilidad de las estructuras de pecado vigentes. Por ejemplo, la tortura institucionalizada nos hace a todos torturadores en la medida que no reaccionamos frente a ella.

Decimos más bien que la moral tan individual, que ha predominado, se ha revelado singularmente ineficaz para conducir la responsabilidad creciente del hombre moderno frente a las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales que debería modelar. Con la teoría de que primero hay que cambiar el corazón humano para después influir en la sociedad, no se ha podido hacer bien una cosa ni la otra. Hemos de combatir al pecado del corazón y al de las estructuras conjuntamente,

por la sencilla razón que se dan conjuntamente y no son separables.

Hay vacíos teóricos que han sido muy negativos en la historia de la Iglesia, en su vida y en su pensamiento. Y uno de estos vacíos, y no el menor, ha sido a mi juicio el que venimos comentando: el vacío de una noción integral de la moral social. La Moral de la Liberación está pues llamada a adoptar su contribución en el plano mismo de la teoría. Y puede hacerlo por su constitución misma esencialmente social.

Efectivamente, es en primer lugar una Moral que se ha generado en Comunidades de base que han reflexionado colectivamente sus problemas y sus opciones.

En segundo lugar, es una Moral que se alimenta de la lectura bíblica, de la historia de un pueblo, cuyas relaciones con su Dios aparecen desde el *Éxodo* como colectivas en primer término. Es el Pueblo quien peca, el Pueblo quien se convierte. Y el llamado de Cristo en el Evangelio es a convertirnos tanto individual como colectivamente para constituir el Reino de Dios.

En tercer lugar, nuestra Moral asume los progresos de las Ciencias Sociales y sus constataciones sobre la realidad y la historia. Entra de lleno en la interacción de lo individual y social en la constitución de la realidad.

IX.- Alcance de la Moral de la Liberación para Latinoamérica

a) Esta Moral es ante todo nuestra moral Latinoamérica. Es nuestra porque ha surgido de nuestra tierra marcada por la pobreza la opresión de las grandes masas. Ha sido gestada por la praxis consecuente de cristianos que han buscado la liberación de esas masas. La Iglesia latinoamericana, con su opción solidaria y preferencial por los pobres, en el contexto de Medellín y Puebla, ha hecho suya el compromiso fundamental de esta Moral. Y teólogos nuestros, reflexionando a la luz de la fe, han elaborado las líneas de una Teología.

Es también nuestra, por otro capítulo. Querámoslo o no, la Moral de la Liberación nos alcanza. Estamos situados en Latinoamérica y esta situación nos obliga. No podemos vivir indiferentes e indemnes en un Continente de pobres oprimidos.

Tenemos sin duda muchas otras obligaciones. Sobre ellas, nos podrán ilustrar otras Morales, válidas en sí. Pero estando donde estamos, la liberación de los oprimidos es un imperativo fundamental que condiciona las demás obligaciones.

Nuestras relaciones familiares, nuestros deberes profesionales, nuestra vida íntima y oración con Dios... todo esto engloba una nueva dimensión en Latinoamérica.

Por esto, nuestra Moral nos libera de la enajenación que una moral ajena a nuestro medio puede ocasionarnos. Ella, como insinuamos, no se opone a las morales europeas, pero sí las cuestiona desde la praxis a que inducen. Y desde la praxis que pasan por alto.

Cristo cuestionó con mucha vehemencia la moral de los Fariseos. Denunció esa suficiencia de que se revestían, pretendiendo haber cumplido con la ley y con sus más mínimas prescripciones, mientras

faltaban a lo esencial: la práctica de la justicia y de la misericordia (véase *Mateo*, 23:23). En forma semejante, la Moral de la Liberación cuestiona la falsa seguridad moral que buscamos en ser cumplidores de un «orden establecido» que nos dicta una moral con impregnación burguesa, mientras hay gente a nuestro lado que no tiene con qué vivir.

En otras palabras, siendo el amor el principio y la síntesis de toda conducta ética -la «forma de las virtudes» según Santo Tomás, o el «vínculo de la perfección» en frase de San Pablo-, la Moral de la Liberación nos enseña cómo hacer real y efectivo este amor en Latinoamérica.

b) Por esto, la Moral de la Liberación es una esperanza para Latinoamérica. Donde la predicación cristiana, en cinco siglos, no ha tenido eficacia de erradicar la violencia y la pobreza, esta moral promete un apoyo más efectivo. Precisamente, porque nos coloca en la dinámica del hacer.

Cuando se emprendió en forma tan violenta la conquista del Nuevo Mundo, el Rey de las españas consultó a los moralistas de Salamanca. Estos anunciaron ciertos principios y trazaron normas humanitarias. Pero lo hicieron desde Europa y sus dictámenes fueron pocos menos que letra muerta en América. Al menos no impidieron la usurpación de todos los dominios de los pueblos indígenas, la esclavitud del «servicio personal» y, para decirlo todo, el genocidio en 100 años de más de un 80% de la población indígena. Para salvar esas vidas indefensas, más hizo la moral práctica de los misioneros. Se opusieron a soldados y encomenderos, crearon reducciones -verdaderos territorios de asilo- para los indios, respetaron sus derechos y los capacitaron para defenderse. Fueron en realidad los precursores de nuestra Moral de la Liberación.

Pero esta Moral misionera fue condenada y desterrada por las Metrópolis. Estas impusieron su Moral. Después de cinco siglos de «evangelización» podemos evaluar los resultados. Tendremos que decir, al menos, que Latinoamérica necesita urgentemente una «*nueva evangelización*», y esta novedad implica una moral que asuma la situación de violencia y pobreza que reina más que nunca entre nosotros, que examine científicamente sus causas y después explore los caminos de solución. Sólo así podrá discernir responsablemente entre violencia y no violencia, entre estatismos y libre empresa y tantas otras alternativas que una moral aprisionada en modelos ideológicos resuelve fuera de la realidad.

En síntesis, después de cinco siglos, Latinoamérica necesita más que nunca liberación y será una Moral liberadora -que sería parte integrante de la «nueva evangelización»- la que deberá inspirar los caminos que conduzcan a ella.

c) Conducente a esta tarea liberadora, la Moral de la Liberación podrá permitir el diálogo y la cooperación de las dos fuerzas que parecen llamadas a participar activamente en ella: el cristianismo y el marxismo. No podemos desarrollar aquí esta amplia temática. Bástenos indicar cómo se ha abierto esta nueva posibilidad de diálogo gracias a

un proceso compartido en cierta manera por el cristianismo y el marxismo. A este proceso aludió Paulo VI en «*Octogésima Adveniens*» (1971) cuando como lo hemos recordado, habló del ocaso de las ideologías y del surgimiento de las utopías. Tanto el Cristianismo como el Marxismo son movimientos polarizados por fuertes utopías tras un nuevo hombre y una nueva sociedad; y ambos han superado –o más bien buscan superar– épocas de acentuado ideologismo. Tuvimos nuestro **Vaticano II** y queremos llevarlo a término. Y el Marxismo está teniendo su Perestroika. Ambas aperturas se traducen en morales respectivas que, insertas en la historia, podrán dialogar.

d) Necesitamos una Moral que ayude a Latinoamérica a liberarse de los imperialismos que la dominan y no le permiten realizar su vocación de unidad. Estamos llamados a unirnos para constituir una Comunidad Latinoamericana y compartir nuestros recursos económicos, sociales y culturales, reafirmando nuestra identidad. Así podremos integrar el concierto de las naciones del mundo y entregar una contribución humanista y cristiana a favor de la justicia y de la paz.

A esta unión se oponen fuerzas disociadoras, y principalmente el imperialismo del dinero y -hasta ahora al menos- la polarización este-oeste. Una Teología de la Liberación deberá apoyar una estrategia que nos libere de estas dependencias.

El II informe de Santa Fe, presentando al Presidente de USA, George Bush para inspirar su política hacia sus vecinos del Sur, señalaba que el marxismo era la mayor amenaza para el Continente y nos implicaba en sus estrategia de guerra. Advertía además contra el influjo de la Iglesia Católica y contra la Teología de la Liberación que se opondrían a los intereses de la nación del norte en los países latinoamericanos. Estos intereses exigirían el dominio en nuestros países de economías liberales capitalistas, tuteladas por las Fuerzas Armadas. Frente a esto, las Iglesias Cristianas tienen su camino trazado por Juan Pablo II en *Laborem Exercens* (1981): liberar el trabajo humano de la enajenación impuesta por el capital, para que el trabajo mismo pueda ser a su vez liberador.

e) La moral de la liberación finalmente es la llamada a poner en acción a la fuerza que será decisiva en toda liberación: la fuerza de los pobres. Advertimos que, muchas veces, documentos pastorales de la Iglesia se han dirigido a figuras eminentes de la sociedad, empresarios, profesionales, gobernantes, en términos de «*constructores de la ciudad*». Pero en un sentido muy real, los verdaderos constructores de la ciudad -al menos de una nueva ciudad más justa y fraternal- tienen que ser los pobres. Y el lenguaje con que se podría llegar a ellos tendrá que ser un lenguaje de liberación: liberarse ellos y con esto, también, liberarnos a todos de las «*estructuras de iniquidad*».

La teología latinoamericana ha emprendido esta tarea, la de escuchar y dialogar con los pobres y la de desarrollar una reflexión que nace de ellos y que los ha de acompañar en su caminar. Ha

comprendido el tesoro de sabiduría y de fuerza histórica que ellos encierran. ¿No constituirá nuestro pueblo, pobre y cristiano a la vez, el mejor recurso que Latinoamérica podrá ofrecer al mundo? ¿No podrá él proporcionar a la civilización técnica el complemento de alma que necesita?

Creemos también que los pobres y una teología que hace de ellos, han de ser decisivos para la liberación de la Iglesia latinoamericana de sus taras históricas. Una de las principales son tal vez los hábitos de vieja Cristiandad que abrigan aún muchas Iglesias latinoamericanas -si no todas en alguna medida-. Nuestras Iglesias se constituyen en los centros de conquista y colonización de nuestro continente, al lado de los poderes invasores. En muchas partes la evangelización simplemente acompañó a la conquista y se hizo bajo el signo de la dominación. ¿Qué «*buena nueva*» podía significar esta «evangelización» para los indígenas? Y las Iglesias se estructuraron de arriba abajo, apoyadas en el poder de la Corona y de los grandes y en la riqueza que el sistema colonial extraía de la explotación del trabajo de indios y esclavos. Estos esquemas y las prácticas que inspiran no se cambian fácilmente. A la Conquista sucedió la Colonia, y a ésta las Repúblicas independientes, pero los hábitos de Cristiandad perduran en mil formas en nuestras Iglesias.

No podemos tratar a fondo este tema; remitámonos tan sólo a la confesión de la propia Iglesia reunida en Medellín y en Puebla donde reconoce su necesidad de conversión. *Conversión a Dios*, pero mediante su conversión al pobre. Es necesario que en todas partes se sitúe decididamente en medio de, y a favor de los pobres de la tierra.

Y aquí son los pobres mismos los llamados a liberar a su Iglesia de esas vinculaciones que se oponen a su misión evangelizadora. Lo harán con el peso de sus Comunidades de Base, con su lectura situada de la palabra de Dios, con la contestación misma de su vida pobre. Una Moral de la Liberación deberá recoger estas voces.

Y los teólogos latinoamericanos se han ido expresando. Su producción teológica ha conocido un notable despertar y está en pleno florecimiento. Hace 20 años vivíamos los cristianos y religiosos de esta parte del mundo en la dependencia de lo que elaboraba el pensamiento del Primer Mundo. Ahora hemos podido desarrollar nuestra propia reflexión, a partir de nuestra realidad de pobreza y opresión y gracias a ella. Y esta reflexión ha trascendido a otras regiones del Tercer Mundo como África, India, Filipinas y China y ha sido acogida con notable interés por Europa, Canadá y USA.

Esta elaboración teológica mantendrá la ventaja de haberse gestado en un lugar privilegiado: entre los pobres y crucificados de este mundo. Fue el lugar escogido por *Cristo* para dejar caer la *primera semilla de su palabra y donde esta semilla entregó sus mejores cosechas*.

Reflexión y Liberación N° 2 / Santiago, Agosto de 1989

El Movimiento Calama.

Una Experiencia que hizo Historia en Chile

José Aldunate, S.J.



Está por ver la luz pública la historia de un proyecto original y atrevido, que tomó cuerpo en Chile y después, en los años difíciles de la Dictadura Militar, modificó su rumbo y pesó en nuestra historia.

Guy Boulanger (OMI) es un antiguo misionero canadiense del Norte de Chile, fue Vicario de la Diócesis de Antofagasta, participó en los inicios del Movimiento Calama en 1971-73, ahora lanza a la publicidad la historia y significación de este movimiento. El libro, escrito en francés, se titula: *“Theologie pratique de Libération au Chili de Salvador Allende”*.

Nuestro escrito complementará la relación de Boulanger. Como veremos el Movimiento se inició en Calama, pero, con el golpe, buena parte de los iniciadores tuvo que salir de Chile. Otra parte constituida por chilenos continuamos el Movimiento en Chile, bajo la sigla de “EMO” (Equipo Misión Obrera). Así pudimos añadir a la historia fundacional la praxis efectiva del Movimiento bajo la Dictadura Militar.

Juan Caminada fue un teólogo misionero con experiencia en Indonesia que concibió un proyecto pastoral. Este se proponía responder a la pregunta. ¿Cómo puede la Iglesia saldar la distancia que la separa del mundo obrero? Ella había ensayado muchas iniciativas para este efecto, pero todas habían fracasado. El obrero “no se hallaba” dentro de los moldes de la Iglesia. Había, pues, que salir de estos moldes y concebir otros, partiendo esta vez del mundo obrero.

Los sacerdotes obreros tendrían que ser los vehículos de esta transformación. Pero han fracasado por intentar adaptaciones en lo eclesial que se quedaban a medio camino. Hay que partir del otro extremo: de la vida obrera.

El sacerdote obrero debía, pues, según Caminada, someterse a una severa disciplina para ser vehículo de un modo de ser o cultura obrera, e insertarla en la Iglesia. Un primer paso es el “*éxodo*”. Deberá despojarse de la cultura burguesa y del clericalismo. El segundo paso es la “*inserción*”, insertarse en el mundo del trabajo obrero y adquirir su modo de ser, de ver y de relacionarse. El tercer paso es “*la expresión religiosa*”: qué modos de culto, sacramentación creencias religiosas surgen activamente de la cultura religiosa obrera. El cuarto paso es el “*diálogo*” o vinculación con la autoridad Jerárquica. Esta relación hay que mantenerla siendo totalmente transparentes y dando cuenta al Obispo respectivo de toda la experiencia. Quinto paso: una Iglesia distinta de la Iglesia actual, expresión de la religiosidad popular y obrera. De esta confrontación surgiría tal vez una Iglesia más renovada, como la ha querido el Concilio **Vaticano II** (1962-65).

En una palabra, el proyecto Caminada buscaba la renovación conciliar de la Iglesia a partir del pueblo trabajador

Caminada vino a Chile en busca de sus conejillos de India con quienes verificar su hipótesis. Y los encontró: dos profesores de Teología, varios misioneros extranjeros y cinco sacerdotes chilenos. Nos juntamos en **Calama** con la anuencia del Obispo Ysern y trabajamos en el mineral de Chuquicamata. Así estuvo el Movimiento un par de años, hasta el Golpe Militar en Septiembre 1973.

Es de notar que nuestra asimilación con el mundo obrero implicaba el estar a favor de las reivindicaciones sociales de la izquierda. Por esto el Golpe Militar significó la expulsión del país de Caminada y todos sus compañeros extranjeros. Nos quedamos en Chile lo chilenos, a saber, **Mariano Puga, Rafael Maroto, José Correa, Santiago Fuster** y mi persona. Optamos por continuar. El Golpe nos dispersó, estuvimos algunos trabajando y en 1975 nos reunimos todos en Santiago.

En Santiago, pues, nos organizamos para rehacer el Movimiento Calama que debía de ser semiclandestino, bajo el epígrafe de “*EMO*” (Equipo Misión Obrera). La ausencia forzada de Juan Caminada nos favoreció en cierta manera para adaptar su Proyecto a las realidades de un país y una Iglesia bajo una Dictadura Militar.

Lo primero era rehacer el equipo. Organizamos jornadas de coadaptación, admitiendo en el grupo a religiosas y a laicos. Se incorporaron sacerdotes, como **Roberto Bolton, Sergio Naser** y Religiosas, como **Nadile Odile y Margaret Westwood**, matrimonios, como el de **Rolando Rodríguez y Katy Gallardo**, agentes pastorales, como **Ana María Berten y Juanita Ramírez**, y otros muchos. Varios han hecho historia. Recordemos entre los muertos a la pareja sacrificada con toda la familia Gallardo por la DINA, cuyos cuerpos me tocó reconocer en la morgue. Katy tenía quemadas las dos órbitas oculares. También murió Odile, condecorada por su valor en rescatar vivos y muertos, algunos de ellos de las aguas del Mapocho.

Sentíamos que la misión de EMO era tomar lo aprendido de Juan Caminada, para ponerlo al servicio de la Iglesia en las particulares condiciones

en que se hallaba bajo la Dictadura Militar. Nuestra inspiración era guiarnos por los Signos de los Tiempos, como nos enseñaba la Teología de la Liberación, en contacto con las víctimas de la represión.

Nos mantuvimos, pues, en los pasos que nos marcó Caminada. Ante todo el trabajo: Maroto en el Metro, Mariano en un equipo que pintaba edificios, Bolton en un consultorio, Naser en la rehabilitación de alcohólicos, Fuster en labores agrícolas, mujeres en la calle Meiggs y en Mackay etc. Yo estuve en la construcción, en el Pem y otros trabajos. Vivimos todos el “*éxodo*” y la “*inserción*”, viviendo en barrios populares.

Nuestras actividades abarcaban la pastoral y la política. Algunos se comprometieron más en la política, como Rafael Maroto, que llegó a ser vocero del MIR; otros en lo pastoral apoyaron fuertemente a las Comunidades de Base y las organizaciones eclesiales de sobrevivencia en tiempos difíciles.

La relación de EMO con “Don Raúl”, -así llamábamos al Arzobispo, después **Cardenal Raúl Silva Henríquez**- eran muy importantes. Era dialéctica de confianza y franqueza. Constatamos que Don Raúl sabía escuchar y también cambiar de opinión.

Nos reuníamos todas las semanas para hacer la evaluación de la situación, una dinámica de grupo y la expresión de fe cristiana. Notemos que esta expresión de fe no era una Misa, ni Liturgia alguna tradicional. Nuestra tarea era precisamente descubrir expresiones de fe que brotaran del pueblo pobre y trabajador.

¿Cuál fue la contribución de EMO a la Iglesia y a la sociedad? Aclaremos que EMO estaba incorporado a una gran Iglesia dirigida por un gran jefe, el Cardenal Silva. Que había otros centros de referencia, como la Vicaría de la Solidaridad, Vicarías Zonales, el Centro Medellín y organismos de Derechos humanos etc. Podemos especificar la contribución de EMO en los siguientes rubros:

1.- El salvataje de muchos perseguidos, introduciéndolos en las Embajadas por encima de los muros.

2.- Se estructuraron Comunidades de Base, sobre todo en la Zona Oeste. Estas se integraron en una Coordinadora de Comunidades de Base que llegó a reunir periódicamente a unos 2.000 delegados.

3.- Se instituyeron los *Vía Crucis* de Viernes Santo con una renovada concepción de la Pasión del Señor. Perduran hasta hoy.

4.- El EMO fundó y editó un periódico clandestino llamado “No podemos callar” y posteriormente “*Policarpo*”, para denunciar crímenes y abusos del Régimen y también para fortalecer la resistencia cristiana y ética. Entre 1975 y 1995 se editaron uno 190 números en varios centenares de ejemplares que se difundían por el país y el extranjero.

5.- El EMO ha mantenido un acompañamiento de familiares de Detenidos

Desaparecidos, en particular en su huelga de hambre de Mayo/Junio 1978, que repercutió mundialmente y en la que la Iglesia terminó por comprometerse.

6.- En el EMO nació el Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo que, a partir de 1983 en manifestaciones no violentas denunció la práctica sistemática de la tortura. En siete años salió a la calle y plazas 180 veces. La denuncia tuvo resonancia mundial y ayudó a operar el rechazo del régimen y de Augusto Pinochet.

Un resultado más global

El proyecto Caminada contemplaba el surgimiento de una Iglesia B desde las raíces de un pueblo sencillo y trabajador, una Iglesia que pudiese entrar en diálogo con la Iglesia A. En esta línea tal vez diría que el logro global de EMO fue haber contribuido a constituir en Chile una Iglesia auténtica del Pueblo.

En Chile siempre ha habido una pastoral popular y religiosidad popular. Muchas parroquias en ambientes populares. Pero en estas instituciones el pueblo era "objeto de evangelización" y no "sujeto". Era menor de edad. El clero era el gran agente. La acción religiosa se centraba en el culto y sacramentos. Bajo la Dictadura Militar se gestó un despertar, una irrupción del pueblo. Irrupción preparada por la Teología de la Liberación y la Conferencia Episcopal de Medellín, que aplicaron el **Concilio Vaticano II** a Latinoamérica; puesta en práctica por sacerdotes y misioneros, alertados por el Gobierno de Salvador Allende.

En este contexto la dictadura militar rompió el encasillamiento de la Iglesia chilena, y un Arzobispo-Cardenal renovador junto a un Clero casi revolucionario, dieron curso al nacimiento de una tercera dimensión de la Iglesia; la Iglesia Popular.

Concurren a constituir esta "**Iglesia del Pueblo**" cristianos de orientación izquierdista y aún se acercan a ella socialistas, miristas y comunistas se acercan a ella sintiéndose acogidos en una Iglesia comprometida con la justicia, la democracia y los derechos humanos.

Nuestro teólogo de la Liberación, tan prematuramente fallecido, Fernando Castillo Lagarrigue, en su obra "**La Iglesia Liberadora y la Política**", haciendo un fino análisis, distinguió en nuestra confesión católica tres Iglesias (es decir, "corrientes"), una conservadora, otra renovada y la tercera "liberadora" o popular. Entre nuestros Obispos, la mayoría de los 33 serían renovados, con 2 o 3 de derecha y otros tantos de izquierda.

Esta tercera dimensión que adquirió la **Iglesia de Chile**, sobre todo la de Santiago, fue importante para que ella, en su conjunto, aprendiera que su misión no la confinaba a las sacristías y a la beneficencia, sino también al campo de la justicia, los derechos humanos, la política, es decir, la gran política, la del bien común. (1).

Pues bien, lo que estamos afirmando es que nuestra contribución como EMO a la Iglesia fue contribuir al surgimiento de esta tercera dimensión, la de la Liberación, lo que significó que toda la Iglesia diera un gran paso en la línea del **aggiornamento** vaticano y la opción por los pobres. Pero las luces tienen sus sombras.

Ultimos Años

Volvamos al curso histórico de nuestro EMO. Como EMO estaba orientado al servicio de una Iglesia renovada, abierta a un mundo en democracia y derechos humanos, los pasos de esta Iglesia nos afectaban directamente.

Es bien sabido que, después de dos décadas del Concilio y Post-Concilio que fueron de renovación, siguieron dos décadas que muchos ponemos bajo el signo de una clara regresión. Fueron los años del Papa Juan Pablo II (1978-2004). En estos años advertimos que la renovación episcopal a través de la Colegialidad no funcionó eficazmente, los obispos nombrados obedecían a viejos esquemas, y el vuelco subrayado por el Concilio, de un clero al servicio del **Pueblo de Dios**, no se efectuó. El Papa polaco no sintonizaba con tantas expectativas de cambio. Respecto a Latinoamérica, mantuvo una política conservadora, desconfiando de la Teología de la Liberación y de los pasos dados por la Conferencia de Medellín, con intervenciones en las de Puebla y Santo Domingo.

Estas actitudes de la cúpula romana influyeron en la Jerarquía chilena. En 1982, el Cardenal Raúl Silva, al cumplir 75 años presentó su renuncia a Roma. Le fue aceptada de inmediato. La Curia Vaticana ya no veía bien la política de lucha que alentaba en sus colaboradores, ni su resistencia a Pinochet. Como sucesor se escogió como Arzobispo de Santiago al que era bien visto por el Gobierno Militar. Este contexto eclesial no podía sino repercutir en EMO y en sus compromisos con una Iglesia del **Pueblo de Dios**. El nuevo Arzobispo disolvió la Coordinadora de las Comunidades de Base.

Cuando el año 1990, a raíz del plebiscito, se reinstauró en Chile la democracia, algunos obispos chilenos declararon que finalmente la Iglesia podía volver a "**lo suyo**", que sus compromisos durante el Gobierno Militar habían constituido una "**suplencia**". Para nosotros estas declaraciones mostraban que nada habían comprendido de la reforma conciliar.

Estas actitudes y todo el contenido eclesial tendían a descolocar a EMO y a las iniciativas afines de la Iglesia Liberadora. Se luchó con todo, reafirmando los principios del Concilio y se siguió inspirando la opción por los pobres en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas. **Policarpo** alargó sus ediciones clandestinas hasta 1995. La Pastoral y las Parroquias tuvieron que defenderse de la invasión de una nueva generación de clérigos formados a la antigua.

¿Pudo mantenerse la Iglesia renovada del **Pueblo de Dios** frente a estos obstáculos? Diría que se mantiene como el fuego después de un chubasco, ardiendo bajo las cenizas, esperando la ocasión para reavivarse.

Se advierten síntomas de esta pervivencia de los cambios logrados. Por ejemplo, los Retiros de Conversión que han surgido de la base de 50 parroquias, por lo demás de estructuras tradicionales. Una juventud que, rehusándose a reproducir la figura de un sacerdocio tradicional, se propone ser ella misma **Iglesia desde el laicado** y comprometerse por la justicia y los derechos del pobre y marginado.

¿Y qué fue del EMO?

Se extinguió definitivamente a comienzos del nuevo milenio. No pudo concluir una "Tarea cumplida", pero tampoco "Tarea fracasada". La figura es más bien la del atleta de carrera de posta que, cumplido su ciclo, entrega su testigo al que lo ha de llevar más allá. Dejamos una "Tarea pendiente".

El mundo cambia radicalmente, la Iglesia debería cambiar. El **Concilio Vaticano II** quiso hacerlo. Con Caminada y EMO agotamos una etapa. Otros deberán acometer la tarea de construir una humanidad fraternal en un nuevo milenio.

Nuestros lectores querrán saber qué ha sido del *Movimiento Calama* en otros países del mundo. Efectivamente, expulsado de Chile, **Caminada** y su grupo se dispersó y prendió por diversas partes del mundo: Perú, Venezuela, Santo Domingo, Estados Unidos, Holanda, Francia, Alemania y Filipinas. Juan Caminada murió en 1989, afectado en su columna por sus labores emprendidas en Chuquicamata. Actualmente nos cuenta Guy Boulanger en su libro, que la experiencia se ha extinguido en todas partes del mundo. Respondió a unos tiempos. Estamos en otros muy cambiados.

Su recuerdo quedará como un desafío para las nuevas generaciones.

(1) Al respecto ver: Mons. Enrique Alvear, "Iglesia y Política", Boletín de la Zona Oeste, 1978, pág. 3. Es significativo el contexto en que Mons. Don Enrique Alvear elaboró este escrito. Fue a raíz de una huelga de hambre de los Familiares de Detenidos Desaparecidos, en que participaron sacerdotes, entre ellos varios de EMO. Se criticó esta participación, Don Enrique, Obispo del sector, convocó a una reflexión al respecto y concluyó con este artículo. No fue fácil para nuestra Iglesia asimilar esta dimensión política de nuestra misión, que está afirmada en el Vaticano II.

Reflexión y Liberación N° 87 / SANTIAGO, NOVIEMBRE DE 2010

* * *



* * *
Fundación Cristo Vive
Revista Reflexión y Liberación